

Dona Ter

Corazones en el balcón



Corazones
en el balcón

Dona Ter

Corazones en el balcón, Dona Ter

Diseño portada: Dona Ter

Imagen portada y corazones voladores: Shutterstock

Imágenes interior: Freepick

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o préstamos públicos.

SINOPSIS

Maca está en proceso de reinventarse. De momento no ha conseguido avanzar mucho, pero la situación parece estar a punto de cambiar. Le han pedido que escriba un artículo y, si todo sale bien, podrían hacerla fija, lo que supondría conseguir su trabajo soñado. Solo tiene que encontrar la historia perfecta.

Y todo ello mientras:

Vive con el insoportable de Oliver, el mejor amigo de su hermano.

Prepara una fiesta sorpresa, aunque la primera sorprendida será ella.

Su pasado, el más dulce y sexy, reaparecerá para ponerle las cosas aún más difíciles.

Conocerá al nuevo vecino, al que no quitará los ojos de encima.

Y muchos corazones en el balcón que la volverán loca del todo.

Nunca ames a nadie que te trate como si fueras alguien normal,
Oscar Wilde

*Estamos irresistiblemente atraídos por quien nos traerá los problemas
necesarios para nuestra propia evolución,*
Alejandro Jodorowsky

A María,
nos vemos en el Siete mares.

En Spotify encontrarás una lista de reproducción

[\(Corazones en el balcón\)](#)

con las canciones que se citan en el libro.

I NO ES LO QUE PARECE

La vida es un cúmulo de decisiones tomadas, algunas escogidas conscientemente y otras por una carambola del destino, que nos han llevado a este punto exacto de nuestra existencia. A veces da un poco de vértigo hacer ese balance; yo últimamente lo evito todo lo posible. Solo me permito hacerlo acompañada de una botella de algún brebaje de esos que aturden hasta el alma y que al día siguiente solo deja como testigo un detestable dolor de cabeza.

Dicen por ahí que cuando nos despertamos y no recordamos lo que hemos soñado es porque el sueño era demasiado bonito y lo olvidamos antes de que duela darnos cuenta de que era eso, solo un sueño. Creo que pasa lo mismo con las noches ebrias. Es mejor olvidar las conclusiones a las que se llega haciendo una introspección en esas condiciones.

Y todo esto no es para justificar mi resaca, ni mucho menos, es solo para intentar explicar por qué he acabado en este piso y compartiendo mi vida con un tipo como Oliver, pero dame tiempo, que me da miedo que te lo suelte todo de golpe y cierres el libro, huyendo de mis calamidades.

Es un cálido miércoles de principios de agosto, me acabo de levantar y estoy en el balcón, mi sitio favorito de esta casa, tomándome un café mientras saludo a mis geranios, mis niños bonitos, que cuido como me enseñó mi madre, es decir: con agua y canciones de Nino Bravo.

*«Más allá del mar habrá un lugar,
donde el sol cada mañana brille más...»**

En el cielo, algunas nubes se divierten haciendo formas para quien se detenga a observarlas. El zureo de las palomas se mezcla con el de la ciudad. Bienvenidos a una mañana cualquiera en este barrio. Un buen reflejo de cómo es un barrio es su horario de máxima actividad. Los hay que hablan de nuevas familias, de risas y voces aniñadas yendo al cole, con parques llenos a partir de las cinco. En otros, su actividad empieza a partir de las nueve de la noche, con la música que se expande a través de las ventanas abiertas, las motos de entrega a domicilio, los reflejos de luz que lanzan los maratones de series y los *findes* de silencio hasta bien entrada la tarde... Y luego está este, donde la mayoría de sus vecinos son ancianos, por lo que suele despertarte el ruido de persianas que se alzan perezosas sin esperar ni el canto del gallo, sin fuerza por quien las sube, con el ruido que hacen las malditas ruedecitas de los carritos de las abuelas más madrugadoras. Y aunque poco a poco va llegando una nueva generación, las siestas, sobre todo en verano, van acompañadas por las telenovelas.

La risa que se oye de fondo es la de Oliver. Sus pasos dejan atrás el pasillo para llegar al comedor —por ende al balcón donde estoy yo— y entonces me doy cuenta de que son cuatro pisadas. Cuando me doy la vuelta, solo con mirarlo sé lo que va a pasar a continuación y lo odio.

Mierda, otra vez no...

Le lanzo una mirada digna de Nicholson en *El Resplandor*, pero ni por esas.

—Buenos días, *cariño* —me saluda el cabrón, alargando la última vocal.

Oh, sí. Otra vez, sí.

—Te advertí de que no lo hicieras nunca más. —Lo señalo, acusatorio.

Suspiro fuerte y recuerdo porque estoy dispuesta a aceptarlo de nuevo. «Él estuvo ahí cuando lo mandé todo a la mierda».

—Te dije que era mejor que te fueras. Ahora —le apremia a la chica que va colgada de su cuello como un koala.

La susodicha, al oírme, se ha separado de su cuello y ahora nos mira a uno y al otro sin entender nada. No me fijo en ella, la verdad. No sé si es rubia, morena, baja, guapa. No me importa en absoluto. Solo quiero que se vaya.

—¿Y tú eres? —Su voz suena algo chirriante. Son las nueve de la mañana, por Dios, a esta hora solo apetecen susurros.

—Mi prometida —le contesta Oli, escueto.

Chasqueo la lengua.

—¿Ah... sí? Pues quién lo diría —espeto, resignada.

—Será mejor que me vaya... —sisea ella cuando paso por delante de ellos para ir a la cocina.

Es inteligente. La última se puso a llorar y así pasó media hora antes de irse.

Le arrebató los zapatos —de esos que parecen más unos zancos por la altura del tacón— que Oliver lleva en la mano y se los pone.

—Disculpa nuestros modales si no te acompañamos hasta la puerta —digo.

Yo estoy que trino por tener que hacer esto; él..., aunque tenga el ceño fruncido, sé que está conteniéndose la risa.

Lo siguiente que escuchamos es el sonido de sus tacones repiquetear fuerte sobre el parqué y como se va con un portazo, contenido, pero un portazo al fin y al cabo. La señora Genara, nuestra vecina, ya debe estar refunfuñando y acordándose de todos nuestros tatarabuelos. Está sorda como una tapia, pero solo para lo que le interesa.

Oliver viene hacia mí, contento por haberse salido con la suya.

—¡Te dije que nunca más! —Le doy un golpe en el hombro.

—Has estado genial. —Me da un pico y me arrebató la taza para terminarse mi café.

—No vuelvas a besarme, odio comerme las babas de otras —le recrimino limpiándome la boca con el bajo de su camiseta.

No sé de dónde viene esa manía de darnos un beso como saludo; seguro que la culpa es de su madre y eso de criarlos desde el amor, ya dice la mía que Isabel es desmesurada en todo. Esto es exactamente lo que entiendo por «la confianza da asco».

—Lo recordaré para la próxima vez. ¿Tortilla de queso y tostadas? —pregunta sagaz, sabiendo cómo hacer que se me olvide el enfado.

—Por favor. —Será un capullo pero le gusta cocinar, todo lo contrario que a mí; y eso quieras o no es un punto a su favor—. Me dan pena.

Lo sigo hasta la cocina y lo primero que hago es conectar el viejo Ipod que tenemos sobre una base de altavoces, empiezan a sonar los primeros acordes de banjo de [Agape](#) de Bear's Den.

El piso es de dos habitaciones, algo anticuado pero nada que un manitas como Oliver no haya solucionado dando su toque con un estilo industrial y demasiado masculino que ya me estoy encargando de resolver. Su padre, Miguel, es ebanista y ha utilizado todo lo que aprendió durante los veranos que trabajó con él. Empezó con trece, según él para ganarse algún dinero, su madre te dirá que lo único que quería era no verlo vagar por casa. Es un primero y, como ya he dicho antes, para mí lo mejor que tiene es el balcón, que aunque es estrecho, rodea la vivienda por dos fachadas. Desde mi habitación, si saco medio cuerpo fuera de la ventana y me pongo de puntillas puedo ver el mar. Oli dice que solo es el cielo, pero no le hago caso. Llevarme la contraria y contradecirme es su deporte favorito.

—Que no te la dé, te prometo que se va a casa de lo más satisfecha.

Me siento en uno de los taburetes de acero rojo que hay frente a una plancha alta de madera que utilizamos de mesa mientras lo veo sacar de la nevera los huevos, queso, tomate, naranjas... Creo que vas pillando por qué tengo tanta paciencia con él.

—Eres repugnante. Te dije no me utilizaras más.

Me gusta verlo moverse con esa soltura y tener la capacidad, sobre todo a estas horas de la mañana, para estar pendiente de las tostadas, la cafetera, el exprimidor y la sartén. Todo ello mientras mantiene una conversación. Da igual que sea bombero, eso sí es una hazaña digna de un héroe.

Oliver es demasiado guapo para su propio ego. Tiene el pelo muy corto, castaño clarito y unos ojos muy expresivos, de un azul grisáceo, que sabe combinar perfectamente con su sonrisa de niño travieso para engatusarte a su antojo. Esa es su mejor arma, porque sabes que en el fondo de niño no tiene nada. Una barba corta que dibuja su rostro octogonal y un labio inferior más mullido que el superior. Y el cuerpo de un bombero que pasa más de cuatro horas diarias entrenando, creo que no hace falta que entre en más detalles.

—Lo siento, pero no puedo prometerte que sea la última vez.

Gruño y él suelta una carcajada, creo que esto sería una definición exacta de nuestra relación. Salta otra canción en este caso es [Cough Syrup](#) de Young the Giant. «La vida es demasiado corta para preocuparse por todo...».

—¿Es que no puedes ser sincero con ellas? Le sueltas un: «lo hemos pasado genial, pero ha sido solo una noche. No quiero saber nada más de ti». Ves, es sencillo.

—No lo pillan, te prometo que lo intento siempre, pero o hacen que no lo han oído o que no lo han entendido. Por eso acabo recurriendo a ti, *cariño*. — Termina de nuevo la frase utilizando su voz más pastelosa y por mucho que intento que no pase, acabo sonriendo.

Me lo creo, no hay nadie más idiota que el que no quiere escuchar. No estamos acostumbrados a la franqueza y Oliver si se caracteriza por algo es por ser directo.

—Pues búscate otra excusa, estoy harta de que me utilices. No soy tu novia, soy la hermana pequeña de tu mejor amigo.

Deja delante de mí un vaso de zumo de naranja recién exprimido y me revuelve el pelo.

—Y mi amiga y compañera de piso.

2 MACARIA, LA RAZÓN POR LA QUE NUNCA LLEGO TARDE

Érase una vez, en la primavera del año noventa... Para los Ríos fue una época de grandes acontecimientos. El primero fue el fallecimiento de la matriarca, que a sus cincuenta y seis años se fue a hacer la siesta como cada día, pero ya no se despertó nunca más. Fue un duro golpe para toda la familia, sobre todo para sus dos nueras que estaban embarazadas. Dicen que fue tal la pena que las dos se pusieron de parto.

Puri, dio a luz a primera hora de la mañana del día siguiente a una niña ochomesina y muy pelona a la que le pusieron el nombre de Eulalia, en honor a la difunta abuela.

Belén, a pesar de que tenía la fecha de parto para finales de marzo, no lo hizo hasta que ya caía el sol de aquel ocho de abril. Como el nombre que tenían pensado se lo habían "cogido" tiraron del santoral. Así es como me inscribieron en el registro como Macaria Ríos Cobos.

Ma-ca-ria.

Si es que aún no entiendo cómo se les ocurrió. Puedo entender a mi madre, que con el subidón de hormonas y harta de empujar y sentir semejante dolor tuviera ganas de desahogarse, pero joder, papá... te tenía por un hombre más bueno y cabal.

Todo el mundo me conoce como Maca, evito dar mi nombre siempre que puedo y me da igual si se presta a confusión, como me ha pasado muchas veces, y crean que me llamo Macarena. Es que mira que hay nombres bonitos en este mundo... Pero no, Macaria.

Acabo de confesarte uno de mis mayores secretos. Así que ya puestos te hablo un poco más de mí. Tengo un hermano cinco años mayor, Hilario, los dos somos periodistas. Siempre nos hemos llevado muy bien. Soy bajita, Hilario me llama *tapón*. No tengo complejo, entiendo que hay de todo en este mundo, y algunos sirven para ver el horizonte y otros estamos para encontrar las monedas de cinco céntimos que hay perdidas en la acera; solo una vez me topé con un billete de cinco euros, todo arrugado, pero me hizo la misma ilusión que si me hubiera tocado la lotería. Tengo el pelo castaño oscuro y largo, los ojos azules, igual que mi madre, y la nariz respingona. Todo en mí es pequeñito, desde los pies, la boca o los pechos. Toda mi esencia concentrada en metro y medio. Me gusta el chocolate y el vino tinto. Juntos y por separado. Me gusta el mar y odio el viento. Me da dolor de cabeza.

Soy curiosa, me fijo en los detalles más tontos y recuerdo siempre las caras. Tengo buena memoria fotográfica y soy malísima con los trabajos manuales. Donde incluyo cocinar. Soy un peligro con un cuchillo en las manos y ya ni te cuento con unas tijeras. O sino pregúntale a mi hermano el “bonito flequillo” que le hice a los quince y por el cual acudió a su salvamento su colega Oliver que lo solucionó pasándole la maquinilla y dejándolo *pelao* al 3.

Soy ecléctica en lo que se refiere a libros, pelis o música. Tanto puedo leer romántica como thriller o la historia de una banquera que pasó seis años en un monasterio en el Tíbet. Solo hay un tema sobre el que no puedo leer porque lo paso francamente mal, puedo pasarme noches con pesadillas, y es sobre la guerra. En películas más de lo mismo, no tengo un género favorito, aunque siento predilección por Woody Allen —siempre he deseado que me hagan esa pregunta de: ¿con qué famoso cenarías? Sería con este cineasta, dialogar con él debe ser la hostia de entretenido (hablar de pelis, de su vida privada ni mentarla)—. En la lista de música que me llevaría a una isla desierta hay un par de esas canciones que nunca, jamás, admitiré que me gusten. Adoro las

melodías que me conmueven hasta el punto de desgarrarme por dentro. Igual que esas que tienen ese qué se yo que te llena de buen rollo, que son como cafeína entrando por el oído. Creo que la mayor virtud del arte es la de acompañar sea cual sea tu estado de ánimo.

No sé dónde leí: «no estoy segura de que se me dé bien algo, salvo soñar». Es una definición con la que últimamente me siento bastante representada y como dijo Amélie, son tiempos difíciles para los soñadores. Los conformistas van a todos sitios en línea recta y los idealistas nos perdemos por las curvas y nos la pegamos en cada esquina.

Me gusta el color verde en toda su gama: desde el fosforito del césped, al *mint* o al oscuro de una botella o húmedo del musgo. Es un color que me da vidilla.

Me gustan las culturas en las que en los entierros se baila y canta celebrando la vida.

Si fuera por mí me alimentaría de chocolate y fruta. Ya te he contado que no me gusta cocinar y soy una adicta al café.

Esta soy yo... Macaria.

Mi nombre, la razón por la que nunca llego tarde. Hace muchos años decidí que iba a llegar temprano a todos los sitios porque si no las consecuencias las puedes acarrear toda la vida. Soy puntual. Prefiero esperarme diez minutos o media hora sin ningún problema antes que llegar tarde. A veces, hasta prefiero no llegar que asumir las consecuencias.